

CAPITULO VI

ALGUNOS DATOS VENATORIOS SOBRE PERSIA

I



UESTRA tarea es más fácil al hablar de Persia, pues abundan los datos cinegéticos.

La verdadera denominación de Persia es *Irán*. El vocablo *Far*, ó *Pars*, que señalaba en los primitivos tiempos á una parte del país, fué usado por

griegos y romanos para designar la región entera.

El Irán forma un vasto cuadrilátero, cerrado al norte por el mar Caspio y el Aral, al sud por el Océano Índico, al este por el valle del Indus y al oeste por la Mesopotamia. Es un país árido, montañoso, poco poblado y estéril, falto de agua, que sólo discurre por algunos torrentes y se pierde en la arena, de suerte que los moradores del Irán, para beber, tienen que abrir pozos en las entrañas de la Tierra, ó bien recoger el agua de lluvia.

El Irán ocupa una vasta extensión de terreno, y así no es de admirar la diferencia de climas y temperatu-

ras: húmeda y malsana á orillas del mar Caspio, ardorosa y seca á lo largo de las costas del mar, fría en las montañas, y sólo bonancible en las regiones cultivadas. La atmósfera es límpida y pura, y parece la bóveda azul más hermosa y alta que la de Europa.

El Irán es una región ingrata, y sus moradores tuvieron que luchar porfiadamente con los elementos; raza enérgica y sobria, que sostuvo incesantes combates con las fieras.

Uno de los rasgos más característicos de la caza en el pueblo persa es el empleo del caballo. Los asirios, fenicios, hebreos, egipcios, y aun los griegos, usaron casi siempre, en la guerra y en la caza, los carros.

Juzgan los historiadores que los primeros que usaron estos vehículos fueron los egipcios, pues no se ve en los monumentos á ningún Faraón á caballo.

En Asia es necesario acudir al reinado de los Arcácidas para hallar en las esculturas algún monarca á caballo.

«Los persas,—dice Herodoto,—educan á sus hijos sólo en tres cosas: montar á caballo, disparar flechas y decir la verdad.»

El caballo era para los persas el animal sagrado, y lo inmolvaban algunas veces en honor al Sol. Los relinchos del caballo eran interpretados como favorable augurio para toda suerte de empresas.

En Persia, como en todos los pueblos de la antigüedad, hallamos mezcladas las creencias con el simbolismo animal.

Anquetil Duperron, que tantos estudios ha hecho acerca de la civilización persa, nos proporciona curiosas noticias acerca del libro sagrado *Vendidad*.

La lucha de Ormuzd y Ahriman, el genio del bien y del mal, aparece delineada con vigor con su cortejo venatorio. Ormuzd crea los siete Amshaspands para defender y gobernar el mundo de la luz, mientras que Ahriman saca del manto de las tinieblas y de las sombras seis jefes para combatirlos.

Comienza la ruda batalla, en que las tribus son designadas, bien por el símbolo sideral, bien por el venatorio ó animal. Los peces combaten bajo las órdenes de Karmani; los pájaros obedecen á Karshishta y los cuadrúpedos á Hermelin⁽¹⁾.

El símbolo animal hállase á las órdenes del genio maléfico, señal elocuente del pavor y daño causados á los primeros habitantes del Irán.

La lucha con las feroces alimañas en medio de una naturaleza abrupta y salvaje, sembrando el suelo de cadáveres, debía introducir forzosamente en la teogonía persa el elemento animal, al igual que en otras religiones.

II

Medos y persas son una rama desgajada del robusto tronco Aryo, que tuvo su origen en la meseta del Pamir.

Uno de los fragmentos del libro sagrado ó *Vendidad* da una idea de la marcha del pueblo persa saliendo de la Bactiana y dirigiéndose hacia el mediodía.

El pueblo persa se dividió, á orillas del río Araxe, en dos ramas: una, la tribu sacerdotal, sentó sus reales junto al fuego sagrado; y la otra siguió su camino á la izquierda del mar Caspio. Estas emigraciones, esta marcha incesante, necesitaba, como elemento principalísimo, la caza. El alimento para fortalecer las fuerzas, la destrucción para roturar nuevos campos, abrirse camino, y buscar ancho y dilatado espacio.

La imaginación tiene que suplir el vacío que dejan la ausencia de crónicas y libros sobre aquellos primeros tiempos.

Más adelante, la historia y el descubrimiento de mo-

(1) Spiegel, *Avesta*, t. II, p. 3.

numentos é inscripciones han derramado copiosa y brillante luz sobre aquellas añejas civilizaciones.

Fidursi, en su *Libro de los Reyes*, cantor insigne de las antiguas tradiciones persas (940 de nuestra era), entona la siguiente significativa estrofa:

«Alabado sea el país en que nació, el hermoso Mazenderán, y reine la felicidad en sus campos y praderas, en sus jardines; donde florece eternamente la rosa; en sus collados y laderas, esmaltados por tulipanes y anémonas, donde siempre es puro el ambiente y verde la campiña. Allí resuenan siempre los cantos de los ruiséñores en el bosque, y brincan alegremente las ciervas; allí todo son colores y perfumes, y corren por el lecho de los ríos aguas de rosas vertiendo aromas en el alma. En Mayo, Marzo, Julio y Abril, florecen allí los tulipanes, que nunca se marchitan. La orilla de los ríos verdea todo el año; los halcones no se cansan de cazar; todo el país, grande é inmenso, hállase cubierto de joyas, de seda y de oro. Los sacerdotes llevan ricas coronas; los grandes visten fajas doradas.»

Esta descripción exaltada del poeta deja entrever un delicioso cuadro venatorio.

La caza fué en Persia, como en los principales pueblos de la antigüedad, casi una verdadera institución. La guerra y la caza eran la ocupación favorita de aquellos monarcas, y de ello tenemos abundantes é irrecusables testimonios.

Las cacerías de los reyes persas eran grandiosas, magníficas como todas sus principales fiestas. Estrabón dejó escrito que aquellos monarcas se jactaban casi todos de haber sido grandes cazadores, y en las ruinas de Persépolis se ha hallado un bajo relieve en que el rey estrangula á una leona con el brazo derecho.

Halagos y falsedades del artista eran éstas que prueban que los reyes persas tenían á singular honor el luchar con las fieras.

La caza era la ocupación favorita de la nobleza persa desde su niñez.

El artista que quiera, guiado por el hilo que ofrecen los más recientes descubrimientos arqueológicos, trasladar al lienzo una cacería persa, tiene que trasladarse á Persépolis, la villa santa, con sus ciudades, propileos y palacios, profanada por Alejandro en sus festines, en que hacían los honores las meretrices y cortesanas.

Allí se reunían las espléndidas comitivas que debían escoltar al rey en sus expediciones de caza y de guerra.

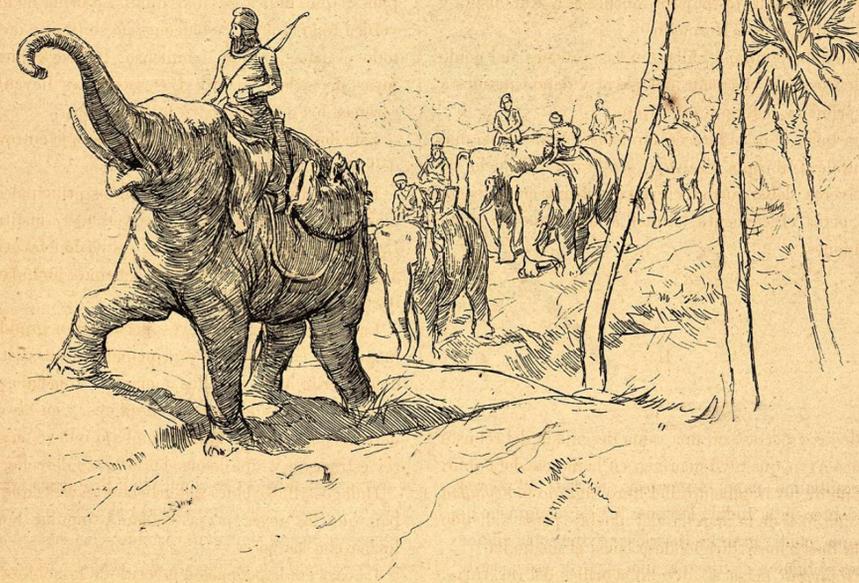
Quinto Curcio nos describe el ceremonial usado en semejantes cortejos reales.

Era añeja costumbre que en toda suerte de expedi-

ciones venatorias ó de guerra no saliera la regia comitiva sino después de amanecido. Cuando el monarca se hallaba acampado, la señal de partida salía de la tienda real, sobre la que flotaba el esplendente estandarte del Sol.

Hé aquí ahora el orden en que marchaba la comitiva persa: Primero, el fuego sagrado sobre altares de plata, al que profesaban los persas singular veneración; seguían los magos, cantando himnos á la usanza del país, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, vestidos con trajes de color de púrpura, señalando los días del año; tras ellos venía un carro consagrado á Júpiter, arrastrado por caballos blancos, y seguido de un caballo de talla extraordinaria, al que

apellidaban *el caballo del Sol*; venían millares de soldados y nobles, montados en caballos magníficamente enjaezados, cuya descripción, si siguiéramos á la letra la narración de Quinto Curcio, sería harto prolija y cansada para



Una expedición venatoria en Persia.

nuestros lectores; y finalmente aparecía el rey, vestido con una túnica de púrpura y blanco, y cubierto con amplio y holgado ropaje sembrado de oro, en el que se veían dos buitres en actitud de lucha. Llevaba el monarca un cinturón de oro, del cual pendía la cimitarra, cubierto el puño y la vaina de profusión de hermosas, ricas y valiosas piedras; y en la cabeza el *cideris* ó diadema real, ó sea una tiara azul, ceñida con una banda de color blanco y púrpura.

Cerraban la comitiva millares de picadores, y jaurías, carros y caballos.

Diversos artificios emplearon los persas, desde los más toscos y primitivos que han usado en sus comienzos todos los pueblos, y usan aun hoy gran número de tribus salvajes y nómadas de África y Oceanía, hasta las armas de guerra, cuyos *specimens* pueden contemplar los lectores en las páginas de este libro.

La jabalina y la flecha jugaron importante papel en la caza en los primeros siglos del imperio medo y persa.

Fidursi, en su *Libro de los Reyes*, dice que también se cazaba por medio del lazo.